

ALBA QUINTAS GARCIANDIA

LA VENGANZA
DE ARIADNA

© de la obra: Alba Quintas Garcíandia, 2019
© de los detalles de capítulos: Alejandra Hg, 2019
© de las ilustraciones del final: Inma Moya, 2019

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: enero de 2019

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-16858-82-8
Depósito Legal: M-39485-2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Esta va por mí

They are all innocent until proven guilty. But not me.

I am a liar until I am proven honest.

LOUISE O'NEILL:

Asking for It



Astrid

No me entero de que hace mucho que ha anochecido hasta que el revoloteo de los murciélagos me saca de la lectura.

Levanto la vista. El cielo está plagado de unas estrellas que se multiplicarán en unos minutos. Los grillos ya han comenzado a cantar. El pueblo está tan silencioso que puedo escucharlos sin problema. No se ve un alma andando por las calles, ni siquiera las dos o tres mujeres sentadas en su habitual banco de piedra tomándose la última bebida del día. Mi casa es de las más apartadas, también por ser una de las que más fincas anexas tiene, pero desde ella puedo ver la hilera de viviendas que sube hasta el punto más alto de la colina, la antigua iglesia. Los pocos vecinos que quedan deben de estar preparándose para acostarse. Es mi momento favorito del día.

Me levanto despacio de la hamaca en la que estaba leyendo, a la luz de la lámpara que alumbra mi porche, y me estiro. La brisa me acaricia la nuca. Empieza a hacer frío, pero la verdad es que no me importa. Ayuda a que me despeje.

El jardín se llena de murciélagos revoloteando en torbellino. Mi tía siempre evitaba salir al jardín de noche porque le daban mucho asco, pero a mí me encanta ver sus siluetas contra la luna.

Debería estar tranquila.

Pero, para variar, soy incapaz de relajarme.

Me giro y miro en la otra dirección, a la inmensa casa gris que se alza a mis espaldas. Bloques de granito, tejado de pizarra, verjas negras: típica casa de la zona de las montañas en la que estamos. Sabinia es un pueblo como otro cualquiera: muy pequeño, muy cerrado, sin casi habitantes fijos porque ya no se entiende su modo de vida.

«No sé qué vas a hacer allí sola durante tanto tiempo, Astrid. Allí no hay nada».

Lo que yo no sé es por qué tardé tanto en venirme.

Sé que la casa parece enorme y desolada para una chica sola. La mayoría de sus habitaciones están cerradas, las persianas bajadas para que entre la menor cantidad posible de insectos de la finca. El piso de arriba no lo piso nunca, me conformo con el bajo y el intermedio. Podría alojar a veinte personas distintas en la casa, pero vine buscando la soledad. Me basta con la compañía de mi gata gris, *Fada*. Me gusta la soledad. Mi escritura la necesita.

Si pienso así con veintiocho años, no quiero ni imaginarme cómo estaré cuando sea una abuelita. Probablemente retirada en una isla desierta.

He pasado demasiado tiempo peleando contra la persona que realmente soy como para ahora no darle lo que pide.

No me gusta estar tan reflexiva. No me gusta tener que pararme tanto a reflexionar, a respirar, a darle vueltas a todo, a analizar mis sentimientos. Si tuviera la capacidad de concentración necesaria, escribiría ocho horas al día, trabajaría, trabajaría, trabajaría. Hasta que pudiera sacar todo lo que me consumía en la ciudad y quedarme vacía. Pero supongo que no funciona así. Supongo que para liberarte de los miedos primero hay que comprenderlos.

Lo cual es una gran putada.

Por otro lado, aquí seguimos, ¿no es así?

Cojo el libro. Quizá leer a Virginia Woolf no sea lo más adecuado para frenar la introspección, pero necesito a personas a las que admirar, mujeres que me marquen el camino a seguir. Querer a Virginia sólo por sus palabras es fácil, muy fácil. Quiero contar historias como ella y tantas otras han hecho.

Claro que quizá no debería estar aquí fuera mirando las musarañas y podría ponerme a ello.

Pero antes necesito comer algo. Hace bastante que pasó mi hora de la cena y mi estómago empieza a quejarse.

Recojo la hamaca. Probablemente mañana la vuelva a usar, pero no quiero que ningún objeto del jardín delantero sirva de reclamo para que alguien salte la verja y se cuele. Es difícil tener que acordarse

de todas estas rutinas derivadas del hecho de que no puedes confiar en nadie. Pero no tengo elección.

Doy una vuelta por todo el terreno que rodea la casa. En la parte delantera hay una parra llena de uvas que nadie toma y un sauce que quizá deberíamos plantearnos podar, porque sus ramas amenazan con colarse un día por las ventanas. A un lado hay una finca bastante grande, presidida por un cabaceiro, de patatas, por supuesto. Me extraña que mi padre no haya llamado preguntando si estaría dispuesta a recogerlas yo.

En la parte de atrás, el césped crece de forma salvaje. Hay un lavadero de piedra antiguo y un pozo que hace mucho que está tapiado y sin agua. Los adoquines desaparecen aquí para dar paso a un sendero pedregoso y lleno de musgo. Me encanta este terreno trasero porque desde él puedo contemplar todo el paisaje de la comarca, sin cosas que me lo tapen, con las montañas a lo lejos. Ya han aparecido las primeras manchas de nieve en las cimas, lo cual me pone algo nerviosa. Les prometí a mis padres que en invierno volvería a casa, pero no sé si voy a poder cumplirlo.

O si voy a querer.

Acabo de dar la vuelta a la casa. No veo a *Fada* por ningún lado. Sospecho que se habrá ido a dormir antes que yo misma. Por suerte, parece que todo está tan tranquilo como debería, y dejo que mis pensamientos vuelen a otra parte. Primero, cenar. Después, escribir, aunque eso signifique acostarme de madrugada. Tengo que acabar el

capítulo en el que estoy o la sensación de que no me esfuerzo lo suficiente podrá conmigo.

Estoy a punto de entrar cuando, por el rabillo del ojo, algo capta mi atención.

Alguien recorre el camino que va desde la puerta de mi casa hasta el pueblo.

Dudo. Este es un camino de gravilla que sólo lleva hasta aquí y más allá se adentra en el bosque. Pero no tiene ningún sentido meterse entre los árboles al anochecer. Nunca he visto a nadie del pueblo haciéndolo.

Y si viene a mi casa..., hay muy pocas probabilidades de que sus intenciones sean buenas. Podría enfrentarme a él, porque estoy harta de encontrarme pintadas y demás destrozos en las rejas, pero sé que estando sola debería buscarme los mínimos problemas posibles.

Dejo de dudar cuando veo que la persona se dobla sobre sí misma y suelta un grito ahogado.

Abro la verja lo más rápido que puedo y corro hacia ella.

No puedo distinguirla bien por la oscuridad, pero se trata de una chica, diría que más joven que yo. Ni la he visto ni creo que sea de aquí: estoy segura de que en esta época del año no hay nadie tan joven en Sabinia.

Está llorando desconsolada, encogida.

—¿Qué ocurre?

No reacciona. Sus sollozos se vuelven más fuertes y su respiración más irregular. Estoy asustada, pero quiero creer que mis ojos no me engañan y que no está herida. Que sé lo que es esto: un ataque de ansiedad.

No responde a nada, así que por pura fuerza le despego los brazos y la obligo a enderezarse. Tiene los músculos en tensión, pero al menos así consigo que abra los ojos, enmarcados por unas gafas de pasta, y que mire hacia mí. El maquillaje corrido y las lágrimas los enmarcan. Una sombra demasiado oscura los recorre.

No sé dónde está esta chica, pero, desde luego, no aquí.

Le cojo las dos manos.

—Apriétamelos —le digo con voz firme—. Todo lo fuerte que puedas.

Por su rostro sería imposible saber si me ha escuchado, pero comienzo a notar la presión en mis dedos. A los pocos segundos me los está machacando. No la suelto. Sé que es importante.

Cuando se detiene, toda su tensión muscular se ha reducido considerablemente. Sigue sollozando, pero mucho más calmada. Y mira hacia el punto en el que nuestras manos se unen. Las ve.

Ya está conmigo.

Dándole el tiempo para que se aparte si le incomoda, la abrazo. Ella duda un momento, pero al final también me rodea con los brazos y esconde la cabeza en mi pecho. Sigue llorando. Dejo que se vacíe, que lo suelte todo.

No tengo ni idea de quién puede ser ni de qué le ha ocurrido. Su cabello castaño me acaricia la mejilla y yo, sin pararme a pensar, lo beso con dulzura. Quizá me esté tomando demasiadas confianzas. O quizá todo lo contrario, no esté haciendo lo suficiente. Pero ahora soy yo la que debería saber cómo actuar, ¿verdad?

Me aparto suavemente. Ella levanta la cabeza para mirarme.

—¿Puedes respirar mejor?

Asiente.

Le limpio las mejillas llenas de lágrimas con las manos, intentando transmitirle con los ojos toda la calidez de la que soy capaz. Que es mucha. Demasiada, por lo general. Pero ahora puede que sea necesaria.

—¿Cómo te llamas?

Ella suspira antes de responder en voz baja:

—Martina.

Le pega.

—Yo soy Astrid.

Ahora que está frente a mí, puedo verla mejor. Es mucho más bajita que yo y, sin duda, más joven. Tiene un arañazo en una mejilla que, por suerte, parece que ha dejado de sangrar. Lo que me llama la atención es su vestimenta, claramente de fiesta. Esta chica iba a salir. No hay duda.

—¿Eres de por aquí, Martina? —pregunto, aunque sé la respuesta.

Negativa de cabeza.

—¿Vienes a ver a alguien?

Esta negativa me sorprende más. ¿Qué hace una chica tan joven sola en un lugar tan apartado como Sabinia?

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Rompe a llorar de nuevo.

No sé qué hacer. No parece que por ahora pueda contarme algo más, pero si no lo hace es imposible que pueda ayudarla. Y lo único que sé es que quiero ayudarla.

Sería estúpido incluso preguntarme el porqué.

Le vuelvo a coger las manos. Están heladas.

—Vamos a mi casa —digo, rezando por que me oiga—. Te hago la cena y puedes quedarte todo el tiempo que necesites para calmarte.

Ella niega con la cabeza, pero me mira.

—Sólo quiero dormir —me responde.

Dormir con la esperanza de que al día siguiente todo sea mejor.

Puedo entender eso.

—Pues dormiremos.

Echamos a andar hacia mi casa. Pese a que Martina solloza de vez en cuando, agarra mi mano. Yo se la aprieto para que entienda que estoy con ella. Que no va a ocurrirle nada malo.

El corte en la mejilla, aunque sutil, me deja algunos interrogantes que por el momento no quiero responder.

Abro la puerta sin soltarle la mano y recorro el pasillo en dirección al piso de arriba con determinación. Es tarde para reparar en que una casa tan grande y antigua, llena de muebles de madera y

motivos religiosos, no es el ambiente más tranquilizador del mundo. Yo estoy acostumbrada a ella, pero quizás a Martina le inquiete.

La llevo al dormitorio que está justo al lado de la sala que uso como despacho. Ambas son las habitaciones más luminosas de la casa, y de las pocas que tengo abiertas y habilitadas. Esta apenas tiene un armario antiguo, dos mesillas y una cama de matrimonio con cabecero de madera, pero no necesitamos mucho más.

Dejo que se siente en la cama. Su melena cae a ambos lados del rostro, ocultándose. Se ha calmado. O, mejor dicho, el dolor la ha dejado vacía.

No creo que pueda contarme qué le ocurre. No ahora.

Por si acaso, me cercioro:

—¿Quieres pasar aquí la noche?

Me mira. Por una vez hay algo más que tristeza en sus ojos.

—Si no hay problema...

La voz de Martina es suave, cargada de matices, sin fuerzas ahora, pero bonita.

Sé que debería dejar de buscar secretos que no existen en las voces del resto. Pero es uno de los rasgos que más me gusta estudiar de las personas.

Le sonrío y le agarro una mano, el gesto más cercano que me atrevo a tener con ella. Parece que no le incomoda, de lo cual me alegro. Sé que cualquier otra persona pensaría que estoy siendo demasiado

confiada, que llevo demasiado tiempo sola, que no sé nada de esta chica. Y quizá tuviera razón. Pero ni siquiera yo aguanto desconfiando de todo y de todos durante mucho tiempo.

—Puedes quedarte. Aquí sólo estoy yo, así que agradezco la compañía —le digo—. Voy a bajar a por algo de cena y una infusión. ¿Quieres tú algo de comer?

Ella duda.

—¿Tienes Orfidal?

Tengo algo bastante más fuerte que el Orfidal, pero por suerte hace mucho que no lo tomo. Y no quiero que ella entre en el oscuro mundo de los ansiolíticos, ni aunque posiblemente le fueran a venir bien. Sé lo adictivos que pueden resultar en malas rachas.

—Sólo una valeriana —miento—. ¿Estarás bien si te dejo aquí sola unos minutos?

Martina asiente y yo me levanto, dejando la puerta abierta a mis espaldas.

La mesa del despacho con mi manuscrito es una llamada que en este instante no puedo atender.

En la cocina me preparo un sándwich con lo primero que pillo mientras caliento agua en una olla. La civilización no ha llegado a nuestra casa de Sabinia: ni vitrocerámica ni microondas, sólo un par de fogones de gas que algún día me van a dar un susto. Pero no he conseguido que mi familia me deje reformar un poco la cocina. Dicen que yo de eso no sé. Lo dicen muy a menudo, la verdad.

Echo las bolsitas de valeriana en sus respectivas tazas, lo preparo todo en una bandeja y vuelvo a subir.

Martina debe de haber pasado por el baño, porque me recibe con la cara limpia de maquillaje y el pelo recogido. Sus ojos no tienen luz. Ha llegado a ese momento de total agotamiento psicológico.

Se sienta en el lado de la cama que está pegado a la pared. Yo, después de dudar un segundo, me siento a su lado.

—¿Puedo hacer algo más?

Ojalá diga que sí.

Pero niega con la cabeza.

Como sigilosamente mientras ella se termina su infusión a sorbitos. Entre nosotras hay un silencio que me obligo a aguantar, por mucho que me incomode, porque sé que todas las preguntas que tengo en la cabeza sólo la incomodarían. Después de beber la valeriana se tumba en la cama.

—¿Quieres que me vaya y te deje dormir?

Su respuesta es apenas un susurro:

—Quiero dormir, pero si no te importa quedarte...

Tengo el estúpido impulso, ese que todavía no me he quitado, de avisarle de que soy lesbiana y de preguntarle si no le importa. Pero es ridículo y lo sé. Ecos de un pasado en el que me sentía culpable de ser quien soy.

—Puedo dormir aquí si lo prefieres —me ofrezco.

Acepta con expresión de alivio.

Bajo las luces al mínimo mientras ella se acomoda. Está tumbada en mi dirección.

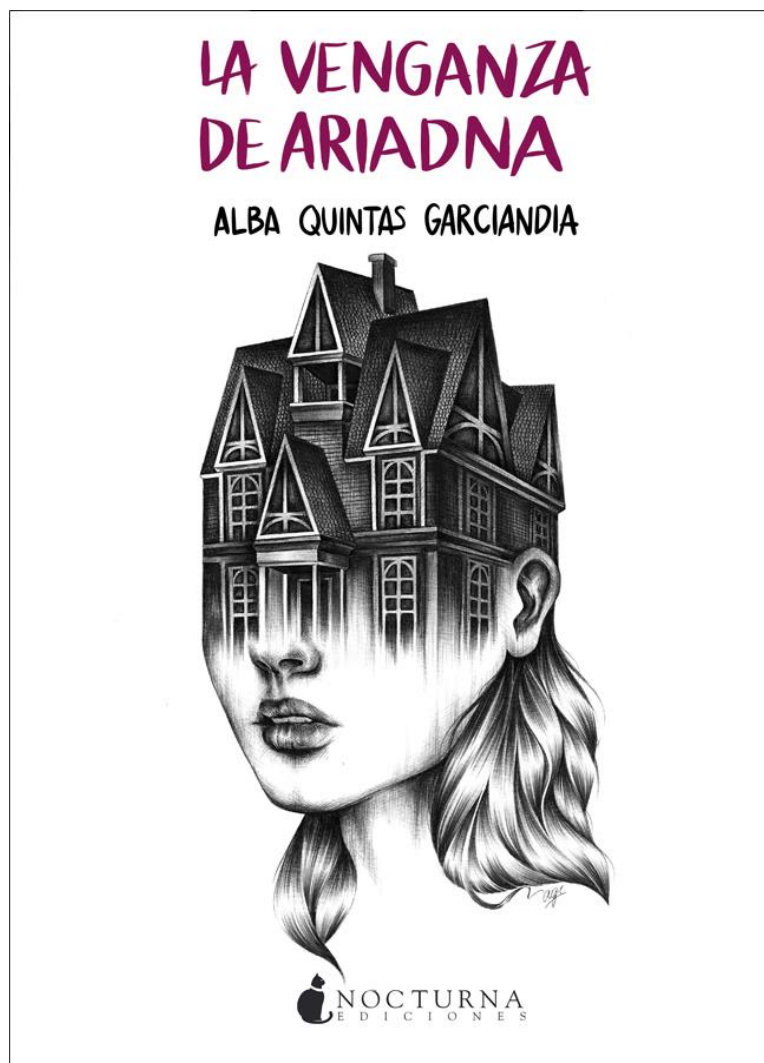
Por eso sé cuándo vuelve a empezar a llorar, esta vez en silencio.

*Sus manos tienen voces,
voces de fantasmas.*

SIGUE LEYENDO

LA VENGANZA DE ARIADNA

ALBA QUINTAS GARCIANDIA



ISBN: 978-84-16858-82-8 | PVP: 15,00 € | A la venta: 21-1-2019

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com